

Joseph DE MAISTRE, *Consideraciones sobre Francia*, Madrid, Escolar y Mayo, 2015, 200 pp.

Acaso no haya otro teórico de la contrarrevolución tan lúcido y potente como el conde Joseph de Maistre (1753-1821), de seguro uno de los filósofos políticos más provocadores, clarividentes y sagaces que haya visto el llamado “pensamiento conservador” o “antimoderno”. Sus escritos filosóficos inaguran y dan fuerza al “tradicionalismo político” en el medio francés, junto a figuras como Louis de Bonald y Chateaubriand; además, suponen un hito en la consolidación y posterior influencia de la “teología política”, inmediatamente ejercida a este lado de los Pirineos por Juan Donoso Cortés y ocupando un lugar central en las reflexiones de filósofos del siglo XX como Walter Benjamin, Carl Schmitt o Nikolai Berdiaev. El alcance de este saboyano fanático defensor del “trono y el altar” va más allá de la teoría política y la especulación filosófica, encontramos que sus ideas tuvieron un largo recorrido en la cultura francesa y europea contemporáneas, por citar algunos ejemplos: Baudelaire lo admira como un maestro, y basta detenerse a observar la metafísica de *Les Fleurs du mal* para darse cuenta de ello, con sus consideraciones sobre la universalidad del mal, el progreso del hombre y la Providencia, así como sus opiniones políticas (relación esta superficialmente estudiada por Walter Benjamin en *Passagenwerk*); Tolstoi poseía en su biblioteca *Les soirées de Saint-Pétersbourg*, solicitó a un amigo la correspondencia diplomática del saboyano, y sacó buen provecho de ella, como prueba la reproducción casi literal en *Guerra y Paz* de una de sus cartas; en fin, Emil Cioran apreció el “instinto literario” del saboyano y hundió las raíces de su nihilismo existencial en la visión del mal y el pecado de De Maistre.

Hemos esbozado de un modo muy general algunos de los motivos por los que merece la pena volver a considerar el pensamiento de Joseph de Maistre y visitar su obra pero, sin duda, las razones más notables y atractivas para estudiar uno de sus libros más esenciales, *Consideraciones sobre Francia* (Escolar y Mayo Editores, Madrid, 2015, 200 páginas), están en el magnífico estudio introductorio de María Luisa Guerrero Alonso, un ensayo tan rico e interesante que constituye por sí solo motivo suficiente para tener en cuenta esta nueva edición.

Las primeras páginas del estudio introductorio esbozan una suerte de “biografía intelectual” del conde saboyano, valorando el objetivo de su filosofía como el de “desmontar pieza a pieza el edificio de la primera Modernidad, cuyos pilares [...] eran «le Protestantisme» y su gran derivación, «le Philosophisme»” (p. 9). Además, en relación con la sucesión de los acontecimientos en la Francia revolucionaria, se analiza la deriva política del saboyano, quien parte de un liberalismo conservador al fanatismo católico que lo caracterizará, y es en este punto del estudio donde se sugiere que comienza la necesidad de una interpretación teológico-política -y no meramente sociológica- de las causas y consecuencias de la Revolución por parte de De Maistre. Siendo así que el cristianismo proporciona la “clave teórica” que abre

una acertada comprensión de los hechos (y, por tanto, los *philosophes*, errados en su análisis de la Revolución Francesa, serán los “ciegos”), resultará fundamental una interpretación providencialista de los acontecimientos sociales, esto es, considerar la historia como Teodicea. El recorrido por los diferentes capítulos del libro de De Maistre le sirve a María Luisa Guerrero Alonso, en este primer momento de su estudio introductorio, para desplegar un profundo análisis del pensamiento del saboyano, a través de un gran conocimiento del ambiente intelectual, cultural y filosófico de su época, tanto del lado dogmático cristiano como de los *philosophes* ilustrados. Hay, además de la exposición de esta lucha entre catolicismo y filosofismo, una interesante propuesta que busca hallar las concomitancias entre Pascal y De Maistre, incidiendo en que la “perspectiva trascendente que ambos autores comparten para explicar el modo de conocer infalible puede extenderse también a la explicación que dan de los panoramas socio-políticos de sus respectivas épocas” (p. 18).

La segunda parte del ensayo formula algunos de los diálogos más fecundos que han tenido lugar entre el pensamiento maistriano y otras grandes figuras de la cultura europea contemporánea. De entre sus coetáneos, Jules Barbey d’Aureville fue el más inspirado por De Maistre, y no en vano proyectó un gran ciclo novelesco a favor de la ideología contrarrevolucionaria, como se nos indica en el estudio, intentando así plasmar en lo literario aquello que De Maistre propugnaba en lo ideológico. Sin embargo, también hay diferencias, y es que Barbey d’Aureville “tanto en sus ficciones como en sus ensayos, no construye un mundo posible en el que los planes del hombre y los de la Providencia se comuniquen, como sí lo cree De Maistre mediante la figura del monarca [...]” (p. 24).

Otro de los momentos más destacables del ensayo es el dedicado a examinar la relación ideológica entre De Maistre y Donoso Cortés, y especialmente porque María Luisa Guerrero corrige las pobres opiniones de algunos estudiosos (como Tierno Galván) y pone en valor al marqués de Valdegamas como algo más que un mero “discípulo inferior” o “divulgador” del saboyano, quien, de hecho, queda superado en algunas ocasiones por el político español. Se habla en estas páginas del primer contacto de los círculos católicos en la España del siglo XIX con las obras de los tradicionalistas franceses y se traza un paralelismo entre ambas trayectorias biográficas e intelectuales, para después ofrecer una visión de conjunto de sus edificios ideológicos, siempre con la visión providencialista de la Historia como “piedra angular”. Insistimos en que apreciamos de un modo especial cómo en el estudio introductorio, de seguro fruto de un estudio juicioso de sus obras, se apuesta por al menos una ocasión donde el pensamiento del español supera a De Maistre, ese momento, clásico para la filosofía política (Platón, Aristóteles, Polibio, Cicerón, San Agustín, Maquiavelo, Montesquieu...), donde se analizan las formas de gobierno perjudiciales y las que no lo son. Finalmente, la estrecha relación entre ambos se cierra con una valoración inteligente del sentido y alcance de sus modelos: “los proyectos políticos que proponen ambos escritores se asientan, pues, en la añoranza de un pasado doble: uno de naturaleza inmanente, la sociedad católica medieval, y otro de naturaleza trascendente, el paraíso de la armonía entre el Creador y la criatura humana: el reino que ambos proponían a sus contemporáneos ya no era de este mundo: la contrarrevolución que ansiaron no podía, por tanto, ser más que un espejismo” (p. 30).

Las trayectorias de De Maistre y Donoso vienen a confluír en un punto esencial: Carl Schmitt, uno de los teóricos políticos más influyentes del pasado siglo. Este tramo del estudio introductorio se dedica a señalar los puntos de contacto entre las *Con-*

*sidérations* del saboyano y el pensamiento de Schmitt, atendiendo especialmente a la aspiración del jurista alemán a relacionar la “esfera terrenal” y la “esfera espiritual” cuando se trata de comprender los sucesos socio-políticos, lo que cristalizará en la llamada “teología política”, nutrida de analogías y correspondencias entre los conceptos políticos, los dogmas teológicos y los sucesos históricos. También, se muestra la relación entre la realidad trascendente y la realidad inmanente con la que ambos fundamentan sus perspectivas teológico-políticas, indagando en conceptos fundamentales como el de “excepción” y “decisionismo” (noción que, se nos recuerda en el estudio introductorio, el jurista alemán recibe de Donoso Cortés). Hay, por último, lugar para recordar el compromiso con la Alemania nazi de Schmitt, al establecerse una comparación entre el rey contrarrevolucionario deseado por De Maistre y el “soberano” de Schmitt, encarnado, bajo la forma del caudillo, en Adolf Hitler, “arquitecto de una nueva legalidad cuyos actos no están sometidos a la justicia porque «son más que la justicia»” (p. 34), cuya misión como *Führer* sería “la identificación entre el individuo y la comunidad, entre el destino personal y el colectivo [...]” (p. 35).

El estudio introductorio se cierra valorando las semejanzas y desacuerdos entre Joseph de Maistre y el pensador rumano Emil Cioran, quien se ocupó del saboyano desde el *Essai sur la pensée réactionnaire* (1957), si bien María Luisa Guerrero le otorga, acertadamente, mayor importancia en su texto a *Histoire et Utopie* (1960), identificando que, como hiciera de Maistre con sus *Considérations* en respuesta a la Revolución Francesa, Cioran reacciona con esa obra a las protestas húngaras de 1956 contra el comunismo soviético. El estudio continúa mostrándonos que Cioran, como de Maistre, “remite pues a una explicación trascendente [...] que vertebrará toda su ontología y moral” (p. 37). Sobre la base de esa explicación trascendente, el ensayo sugiere un recorrido por una serie de reflexiones teológico-religiosas afines tanto a Cioran como al saboyano: el peso del Pecado Original en los hombres, la perspectiva negativa de las obras humanas al lado del poder de Dios, el papel de la libertad y entendimiento humanos, los milagros... Por último, también se presentan algunos desacuerdos entre ambos, y acaso el más importante sea el contraste entre el nihilismo de Cioran, quien desprecia cualquier proyecto de salvación individual o comunitario, y la confianza de Joseph de Maistre en un “proyecto de felicidad que se apoya, no se olvide, en su adhesión al acto redentor de Cristo y a la conciliación resultante del tiempo del hombre con el tiempo de la Providencia” (p. 46).

Hemos dotado de mayor importancia en esta reseña a las claves y propuestas que tenemos la suerte de recoger en el estudio de María Luisa Guerrero Alonso, el cual constituye una excelente introducción a la lectura de *Considérations sur la France*. En lo que respecta a la obra, ya clásica para la filosofía política, excede el objetivo y extensión de este texto realizar un comentario exhaustivo de la misma, y bastará con señalar de un modo máximamente esquemático el contenido y organización de sus capítulos.

En *Sobre las revoluciones* (capítulo 1, pp. 51-57), sienta las bases de una Historia como Teodicea, explicando la relación entre Dios y sus criaturas, mediada por los milagros (tanto en el mundo físico como en el social) así como la actuación divina en los acontecimientos históricos a través de ciertos instrumentos (concepción de la Providencia expuesta en el capítulo, por cierto, semejante aunque en “estado embrionario” a eso que Hegel llamará la “astucia de la razón”). Esto se desarrolla en *Conjeturas sobre las vías de la Providencia en la Revolución Francesa* (capítulo 2, pp. 57-73), interpretando la Revolución como un castigo divino que Francia merece

al haber desmoralizado al resto de pueblos europeos, de ahí que nadie deba asombrarse de la destrucción como algo malo de por sí, ya que el saboyano confía que toda revolución contiene en germen su contrarrevolución o, dicho con sus palabras, “si la Providencia borra es sin duda para volver a escribir” (p. 69). Contra el tratamiento inocente y deformado de la guerra que harán los *philosophes* ilustrados y para demostrar su capacidad de generación y fortalecimiento de las naciones está dirigido *De la destrucción violenta de la especie humana* (capítulo 3, pp. 73-83), donde se despliega una amplia erudición para presentar la guerra como un hecho recurrente y abundante a lo largo de la historia.

Después de entremezclar argumentos políticos y realidades teológicas por igual, *¿Puede perdurar la república francesa?* (capítulo 4, pp. 83-95) parece tener un espacio singular en la obra, porque supone un análisis de tipo exclusivamente histórico-político (no en vano es aquí donde presenta su teoría de sucesión de los regímenes y sistemas de gobierno), si bien en su conclusión termina por regresar a la perspectiva teológica: la Revolución se apoya sobre cimientos nada sólidos, porque son puras negaciones, a saber: que nadie quiere ese gobierno, sino que solamente se le padece porque es imposible terminar con él o porque hacerlo traería algo peor. Será precisamente este hecho insólito en la historia lo que haga pensar al saboyano en el carácter anticristiano de la Revolución, retratada como un acto satánico o de puro mal. Tanto este olvido de Dios que constata la Revolución Francesa como una reivindicación del poder organizador de la idea religiosa a la hora de sostener las instituciones sociales y la vida comunitaria es lo que se examina en la digresión sobre el cristianismo *La Revolución Francesa considerada en su carácter anti-religioso* (capítulo 5, pp. 95-105). En *La influencia divina en las constituciones políticas* (capítulo 6, pp. 105-113) se enumeran las razones por las que el hombre, del mismo modo que en la naturaleza nada crea, sino que modifica, en los asuntos políticos trabaja con una materia ya dada, en unas circunstancias determinadas, de ahí que nunca se sepa con certeza que los designios humanos podrán alcanzar sus planes con éxito en todas las situaciones. Se denuncia también, como hará Donoso Cortés años después, el carácter abstracto de eso que los *philosophes* llaman “humanidad”, que reside en un espacio imaginario ajeno a las especificidades histórico-políticas concretas de los “hombres particulares”.

*Signos de nulidad en el gobierno francés* (capítulo 7, pp. 113-123) supone la continuación, en el plano específicamente social y político, de lo que en el anterior capítulo era objeto de la especulación filosófica: el Creador engendra y descansa, su obra es perfecta; en la esfera política, sería deseable que esto sucediera del mismo modo (“toda auténtica legislación tiene su *sabbat*”, p. 113), pero la corrupción de las instituciones políticas obliga a los legisladores a modificar su obra constantemente y promulgar nuevas leyes, lo que, con el paso del tiempo, reduce el apoyo de los ciudadanos, que solo siguen obedeciendo por miedo o falta de convicción. La digresión sobre el rey y su declaración a los franceses del mes de julio de 1785 que forma *La antigua constitución francesa* (capítulo 8, pp. 123-141) supone un elogio del derecho público francés así como del elemento teocrático que lo constituye, y en ello se encuentra la clave para que Francia perviviese durante casi quince siglos.

Sin optimismos ni ingenuidades, en *Cómo se producirá la contrarrevolución, si es que se produce* (capítulo 9, pp. 141-147) y *Los presuntos peligros de una contrarrevolución* (capítulo 10, pp. 147-175), el saboyano especula sobre la forma en que la contrarrevolución podría tener lugar (consciente de que el pueblo rara vez participa

en los grandes acontecimientos históricos, más bien es un instrumento de algo que le sobrepasa) y se enfrenta a los publicistas e ideólogos que advierten de los males en los que caería Francia si regresara la monarquía, desmontando sus argumentos (en realidad sofismas) y esforzándose en convencer de que solo un régimen monárquico asegura la soberanía nacional así como ofrece el mayor número de posibilidades y flexibilidad social al conjunto de los ciudadanos. Cierra la obra un *Fragmento de una historia de la Revolución Francesa, por David Hume* (capítulo 11, pp. 175-195).

Para concluir, volvemos a destacar el estudio de María Luisa Guerrero Alonso que acompaña a esta edición de las *Considérations*, el cual, tanto en su análisis como en la interrelación de textos y autores, supone un motivo más que considerable para que el lector aborde la comentada obra de Joseph de Maistre. A pesar de los prejuicios de su fundamentalismo conservador, es igualmente cierto que el realismo político maistriano supone la destrucción de las utopías ilustradas de su tiempo, ya sean teóricas, contra los *philosophes*, o prácticas, contra los revolucionarios, así como la profecía de buena parte de sus sombras a lo largo del siglo XX. Y, nos atrevemos a decir, también de principios del presente siglo, por lo que este “arsenal del pensamiento reaccionario” no solo ha mantenido su potencial sino que quizás sea más fuerte e imprescindible que nunca.

Alejandro Sánchez Berrocal